

El breve espacio en que sí estás

Virginia Hernández Enríquez

Este espacio lo quiero dedicar a la mujer madura y a la que se acerca a los umbrales de la madurez, que según los estudios demográficos inicia a los 55 años.

La madurez es una época interesante si la sabemos llevar bien, pero los problemas que

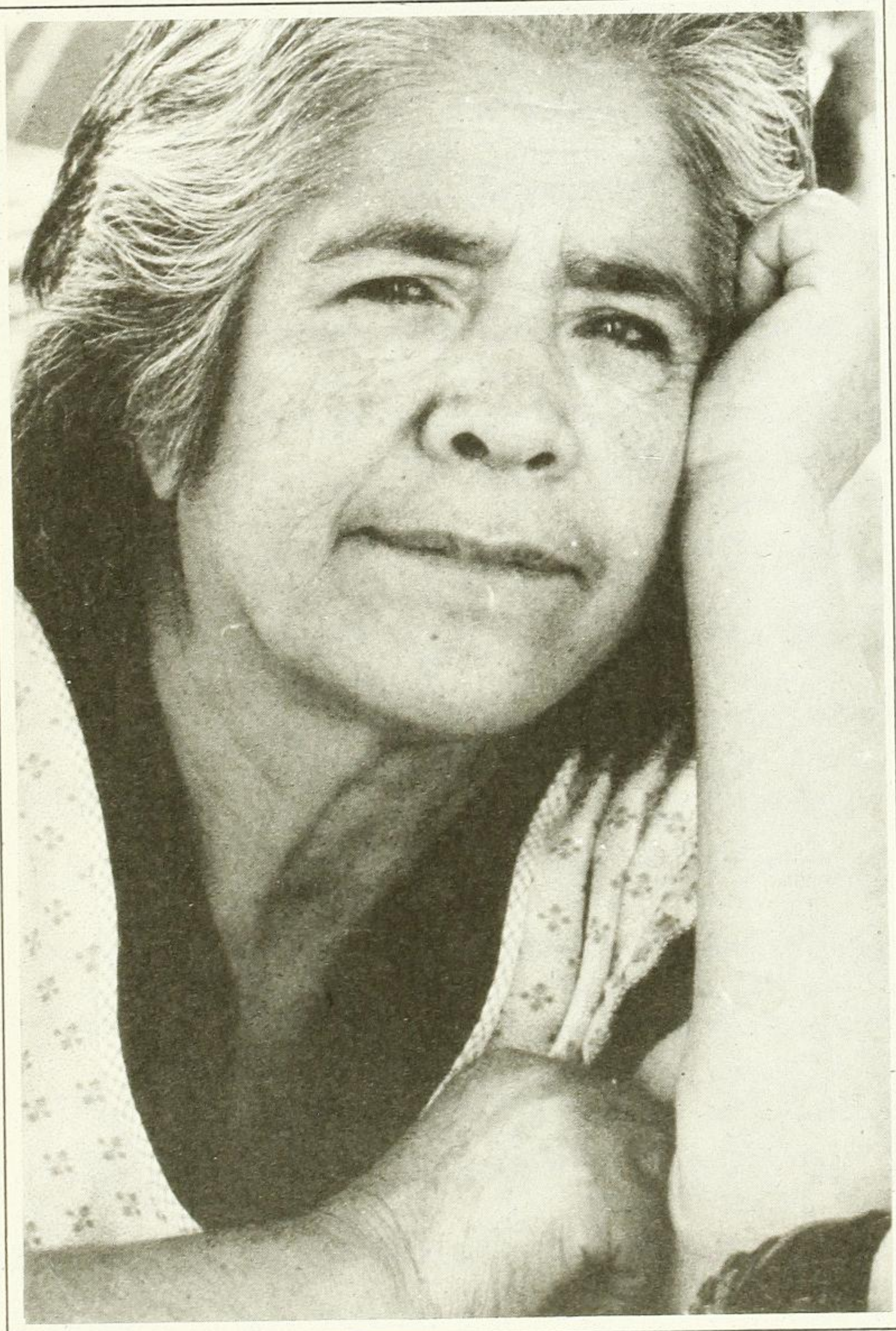
se tienen a esa edad también son interesantes; recuerdo aquella vieja maldición china que dice: "que tu vida transcurra en tiempos interesantes", maldición que se puede tornar en bendición si la sabemos manejar.

Es evidente que la edad madura es diferente para todas las mujeres, ya que las condiciones sociales son distintas. Aunque se le localice en los 55 años quiero dirigirme a las que todavía tienen salvación, a las que están en los inicios; madres de hijos adolescentes, abuelas incipientes, hijas-madre, etc., colóquese cada cual en el lugar que le corresponda.

Esta 'época interesante' de la vida femenina es un punto discutible para otros como los maridos que opinarán que estamos menopáusicas, los hijos que dirán que somos neuróticas y para nosotras mismas que nos sentiremos a veces depresivas o deprimidas por no decir oprimidas (las que se den cuenta, desde luego). Pero ¡ánimo!, la situación no es tan mala si se la sabe llevar, además de un buen chequeo médico que controle nuestras molestias, ¡ojo! lo que necesitamos las maduritas son nuestros espacios propios, y ustedes dirán, - pero si los tenemos- claro, junto a la estufa para preparar una nutritiva comida familiar, o el lugarcito que amablemente nos ceden en el cuarto de estar e indudablemente, nuestra recámara. Por supuesto que no me estoy refiriendo a ese tipo de espacio, sino al bendito espacio de tiempo en que somos nosotras para nosotras mismas, no para los demás.

Virginia Woolf mencionando los tiempos victorianos, decía que cada hogar tenía un Hada y escribió sobre como debía ser dicha Hada: "es extremadamente comprensiva, tiene un encanto inmenso y carece del menor egoís-

Rotmi Enciso



mo. Descuella en las artes difíciles de la vida familiar. Se sacrifica cotidianamente. Si hay pollo para la comida ella se sirve el muslo. Se instala en el sitio preciso donde atraviesa una corriente de aire. En una palabra, está constituida de tal manera que no tiene un pensamiento o un deseo propio, sino que prefiere ceder a los pensamientos o deseos de los demás”.

Si nos situáramos dentro de los diversos cuentos y mitos, cada una puede ubicarse según le parezca, podríamos ser, por ejemplo “la bella durmiente” aquella que vela el sueño de



Rotmi Enciso

los hijos y se ve a sí misma como mamá; o bien, “Blancanieves”, esperando en su urna de cristal al príncipe que la rescatará. Encontramos también a otro espécimen que hace el papel de la “bella” que cuida a la “bestia”, esa mujer siempre abnegada, servicial, virtuosa. De las telenovelas y películas rescatamos a “mamá campanita” aquélla que se hizo cargo de las necesidades de todos los demás pero descuidó las suyas, en fin, la lista sería enorme. En todos estos papeles que juegan las mujeres, tendríamos al final como realidad una serie de infelicidades comunes.

Las invito a romper reglas, a descuidar las ‘obligaciones’, obligaciones impuestas por otros, con cosas tan simples como: un día que no tengan ganas de cocinar no lo hagan y que cada miembro de la familia improvise algo; no se sientan obligadas a asistir al festival del kinder de su nieto, a pesar de la insistencia de su hija en que Fulanito actuará maravillosamente de pollito, pidan que después les enseñen la foto. Si su madre, marido, hermana, etc. la invita a ejercer el rol de ‘dama de compañía’, atrévase a decir que no.

El asumir estas y otras actitudes no es tan simple, la mujer ha sido domesticada durante generaciones, pero insisto, ¡aguas! para las jóvenes y para las que empiezan a tocar la madurez: no se esperen a darse cuenta de que son viejas cuando lo sean, recuerden que la preparación para vivir la madurez y la vejez perteneciéndose a sí mismas se lleva su tiempo. Si no han valorizado su vida, su tiempo y conseguido nuevos espacios, no podrán resolver su propia vejez.

Discúlpeme si ya me puse trágica, pero todas podemos llegar a ser

víctimas de los ‘santos terrores’ del envejecimiento, la soledad y la autoevaluación personal, esto añadido al trato que nos puedan dar los demás. La mujer debe autoeducarse, o más bien reeducarse y crearse sus propios ideales de vida. Así que, a buscarse sus espacios, a tratar de ser, de encontrarse, de trazar sus proyectos de vida. Verán qué bien se sienten de ir reconquistando claros, y los que las rodean las revalorarán también, serán tomadas en cuenta e irán en camino de ser verdaderas personas.

Recuerden que para vivir una vida familiar plena, es necesario cambiar el papel de venerable “cabecita blanca” por el de “cabecita pensante”.

Concluyo dejándoles estas inquietudes, invitándolas a no ser “mujeres atadas de manos y pies al olvido, o perseguidas por su soledad” como bien dice Joaquín Sabina y les incito a que se tomen esos pequeños espacios que cada día se pueden ampliar y confirmarse a sí mismas que son sujetos de su propia historia y que dentro de la vida cotidiana podemos gozar de esos lapsos que son “el breve espacio en que **sí** estás”. *Jem*